LAS ISLAS SANDWICH.

EL REINO HAWAYANO.—CON MOTIVO DE UNA RECTIFICACION.

I.

Acabo de adquirir la prueba de lo expuesto que es hablar con ligereza de los reyes, de los reinos y de los maestros de orquesta.

Aún creo poder asegurar que es, sobre todo, imprudente hablar con ligereza de estos últimos.

Voy á dar explicaciones sobre ello:

Hace algunos dias, al entrar en casa, hallé una tarjeta de visita, en la cual se leia: *Mr. Vidal, cónsul general de S. M. Hawayana.* Mr. Vidal me anunciaba su visita para el siguiente dia. Como no tenia hasta entónces el honor de conocer personalmente al cónsul general de S. M. Hawayana, y como no supiera del pueblo kanakeo sine estrictamente lo que todo el mundo puede saber por las relaciones de Cook y

de Lapeyrouse, me pregunté naturalmente qué tendria que decirme Mr. Vidal.

De repente tuve un recuerdo que me inquietó. Recordé que en un foiletin del *Siécle*, siguiendo á un periódico americano, y bajo el epígrafe de *Noticias del otro mundo*, habia dicho algunas palabras de una representacion, extraordinaria bajo todos aspectos, de una de las obras maestras de Verdi, *Il Trovatore*, en la ciudad de Honolulu.

Inquietéme con este recuerdo, y tuve miedo de haber cometido un error, extraviado por el periodista americano al hablar de un gobierno, de unos *dilettanti* y de un director de orquesta, dignos todos de una mencion mas séria.

—Porque el grupo de las Sandwich se extienda desde los 19° á los 23° de latitud Nordeste, y desde los 157° á los 158° de longitud Oeste, no es esta una razon, me dije, para que los habitantes de esos países lejanos (con relacion á nosotros) no se muestren sensibles á la buena música, y para que allí no haya como aquí, hábiles directores de orquesta. A la verdad, me decia yo tambien, los habitantes de las islas Sandwich se comian hace poco tiempo sus prisioneros de guerra, sin escrúpulo alguno y con buen apetito; mas quizá con posterioridad hayan cobrado horror á ese jigote humano.

Y me acordé haber conocido en New-York un coleccionador de medallas, jóven encantador, de maneras elegantes, cuyo solo defecto quizás era una excesiva timidez, cuyo tio, vivo aún en aquella época en su cualidad de salvaje comanche habia servido de tumba viviente á un algoquin, á dos sinoux á un negro marron, á tres apalaguitas, y á un mayor número de hurones inogueses, cuyas opiniones políticas estaban en desacuerdo con las suyas.

Entónces busqué el número del *Siécle*, en que yo habia

hablado de Honolulu, y volví á leer las siguientes líneas, que, para castigo mio, como para inteligencia de la cuestion, tengo necesidad de reproducir aquí:

«Para pasar á un asunto ménos sério en esta revista del otro mundo, dejadme referir una representacion, de seguro muy curiosa, de la ópera *Il Trovatore*, en la ciudad de Honolulu:

«Ya sabeis en qué punto de nuestro globo está situada Honolulu. Esta ciudad es la capital de una de las islas Sandwich, y por consiguiente, se encuentra bañada por el mar Pacífico en la Polinesia. Ahora bien, en este país lejano, que solo nos es conocido desde 1778, gracias á los viajes de Cook, no se privan en modo alguno de las dulzuras de la música; allí se representa la ópera italiana con artistas distinguidos, de diverso modo de lo que acontece en las capitales de Europa.

«Y Tamberlik? me direis.

«No se trata de Tamberlik. El tenor que figura en la compañía de Honolulu es un rey, ni mas ni ménos, y la prima donna una reina. Quizás el talento vocal de esa pareja coronada deje algo que desear, pero en Honolulu seria preciso no decirlo muy alto. Todos se muestran á cual mas satisfechos del método exquisito de S. M. Kamehameha y de su augusta esposa.

«Una correspondencia de las islas Sandwich, recibida por la vía de San Francisco, nos refiere el inmenso efecto producido por la obra maestra de Verdi en los *dilettanti* kanakeos, á los cuales se debe la fundacion de una sociedad filarmónica en Honolulu.

«Esta sociedad, que cuenta tres guitarristas, dos flautistas, un violinista, cuatro tocadores de marimba y otros seis

que tocan algo parecido á mirlitones, se ha agregado á la orquesta real para la representacion de *Il trovatore*. Como la orquesta de S. M. Kamehameha se compone casi de los mismos elementos que la sociedad filarmónica, puede juzgarse del valor instrumental de este conjunto.

«Un barbero irlandés entablecido en Honolulu ha sido el encargado de arreglar la partitura de Verdi, acomodándola al gusto del país.

«El teatro presentaba un golpe de vista mágico. Casi todas las damas iban vestidas, y un gran número de espectadores lo estaban tambien. Mas de doscientas velas de cera vegetal iluminaban la reunion. Despues de una corta introduccion de orquesta extraña á la ópera del maestro italiano, y que muy bien podria ser de la composicion del barbero irlandés, aparecieron los cantantes. Todos tuvieron el mas completo éxito. Pero los honores de esta memorable jornada artística debian ser para S. M. Kamehameha, en el papel del amante de Leonora, y para su compañera, que, segun la correspondencia de que tomamos estas noticias, no habia tenido necesidad de embadurnarse la piel para hacer el papel de la gitana. Preciso es renunciar á pintar la sensacion producida por el *Miserere*. Algunas personas desgarraron las escasas vestiduras que llevaban, en señal de admiracion. El barbero irlandés ha recibido una recompensa digna de sus talentos. ¿Quién sino él hubiera trascrito la partitura de *Il Trovatore* para guitarras, flautas, marimbas, etc.? El mismo Verdi hubiera renunciado á ello.

«Pues bien; entre el placer que nos causa á nosotros la orquesta de la ópera, y el que experimentan los habitantes de Honolulu al oir la suya, creo que la ventaja queda de parte de estos.»

Despues de esta lectura me convencí de una cosa: de que Mr. Vidal no se habia tomado el trabajo de venir á mi casa para prender al ojal de mi levita las insignias de la condecoracion de S. M. Hawayana.

Al dia siguiente, cuando se presentó en casa Mr. Vidal, ví en él desde luego lo que los ingleses llaman un perfecto *gentleman* (caballero).

—Vengo, señor, me dijo, á suplicaros rectifiqueis un error, involuntario creo, y á ofreceros el medio de hacer públicamente justicia al gobierno de un monarca tan leal como generoso, así como al pueblo en que reina, pueblo que ha obtenido ya un lugar entre las naciones civilizadas. Se trata de la narracion hecha en el *Siécle*.

—¡Ah, sí, de *Il Trovatore* en Honolulu!

—Con el rey Kamehameha de primer tenor.

—Y su augusta esposa de prima donna.

—Y un barbero irlandés de arreglador de la partitura.

—Y doscientas velas de cera vegetal iluminando el salon.

—Y éste lleno de *dilettanti* vestidos muy ligeramente.

—Y los instrumentos hiberpólicos de la orquesta.

—Y el director de orquesta mismo furioso hoy contra vos, pues no dirije ninguna orquesta en Honolulu, donde no la hay, pero donde bien pronto no dejará de haberla.

—¿Cómo, ese director de orquesta no dirige ninguna?

—No, señor; mas no por eso deja de ser un excelente director.

—Esos son los mejores.

—Lo creo como vos. Pero es lo cierto que el director de orquesta de Honolulu es un músico distinguido, que dirige con la misma habilidad las orquestas presentes que las ausentes. Testigo la de la Opera Italiana en los Estados-Unidos,

y la de la Habana, que son verdaderas orquestas compuestas de verdaderos instrumentistas y de instrumentos musicales; y que sucesivamente ha dirigido con su batuta.

—Pero, repliqué, ¿sucede con los cantantes de Honolulu como con su orquesta y la representacion de *Il Trovatore*, que no hayan existido sino en la imaginacion del periodista americano, de quien imprudentemente me hice yo eco?

—No, señor; hay realmente cantantes que cantan en Honolulu, y si no hay orquesta en esta ciudad, hay al ménos, como habeis oido, un director de orquesta y una sociedad filarmónica que merece ser estimulada. Por lo demas, añadió con mucha amabilidad Mr. Vidal, tomad una carta que me ha sido dirigida por el director de esa sociedad, suplicándome os la entregue.

Tomé la carta y leí:

«No existe sociedad filarmónica en Honolulu.... .»

—Pero, señor, dije interrumpiéndome, si la orquesta no existe, ni la sociedad filarmónica tampoco, ¿qué es lo que existe en Honolulu en clase de instituciones musicales?

Continué:

«Existe una sociedad musical, compuesta de aficionados, cuyo objeto principal es cultivar el canto y la ejecucion de las obras de los maestros antiguos y modernos.»

—¿Pero no es eso la misma cosa? preguntó mister Vidal.

—Exactamente, le dije, y proseguí leyendo:

«La sociedad se formó en 1853 por algunos aficionados extranjeros, residentes en Honolulu, sobre el modelo de las de Europa, no dando conciertos públicos sino cuando se trata de acudir en ayuda de la caridad. La sociedad musical de Honolulu se compone de cuarenta miembros activos y de cierto número de miembros honorarios, todos extranjeros, á

excepcion de dos señoras nacidas aquí, las cuales están casadas con extranjeros. No hay orquesta en Honolulu; algunos miembros, aficionados distinguidos, se hacen oir de tiempo en tiempo en sus instrumentos respectivos (flauta ó violin) con acompañamiento de piano. Los otros instrumentos de que habla el folletin del *Siécle* solo existen en la imaginacion del corresponsal de ese diario. Los miembros de la sociedad musical han dado hace algun tiempo una representacion de ópera con carácter privado, ó mas bien una representacion de cuadros de ópera, á la cual han asistido SS. MM. el rey y la reina, así como los amigos de los miembros de la sociedad. Una escena de *Il Trovatore* (el coro de los martillos), y el del mercado, de la ópera *Martha*, de Flotow, han sido representadas de una manera muy satisfactoria (se entiende con acompañamiento de piano solo); todos los papeles fueron cantados por miembros de la sociedad. S. M. el rey, que es, como ya sabeis, excelente juez en materia musical, pues ha oido á los mejores y mas célebres artistas durante su viaje por Europa, ha aprovechado esta ocasion para hacer ver á la reina una representacion de ópera dramática, y con su generosidad bien conocida, no solo ha facilitado por todos los medios posibles la ejecucion de este proyecto, sino ha sufragado todos los gastos de la empresa. Hace dos años que la sociedad me confió la direccion de la parte musical, y me permito añadir, para edificacion de Mr. Oscar Comettant, que aquel á quien se complace en llamar barbero irlandés, es uno de sus compatriotas, tambien frances; como él, antiguo director de orquesta de la ópera italiana, en los Estados-Unidos, y en la Habana, y muy conocido en estos países.

Firmado: E. HASSLOCHER.»

—Mr. Vidal, dije al cónsul general del reino hawayano, yo soy de los que quieren dar al César lo que es del César, y á los gefes de orquesta lo que les pertenece. Por consiguiente, haré en el mismo periódico en que cometí el crímen, la mas ámplia rectificacion respecto á la famosa representacion de *Il Trovatore* y al maestro que dirigia su ejecucion; mas espero de vos la realizacion de la promesa que habeis tenido la bondad de hacerme, para hacer así mismo al reino hawayano la justicia que se merece como pueblo civilizado.

Pocos dias despues recibí cierto número de notas muy curiosas é instructivas, las cuales me permiten escribir algo sobre la civilizacion de un pueblo del que tantas personas en Europa, aun entre las gentes ilustradas, apénas sospechan la existencia.

II.

Cuando se estudia con cuidado la historia de la formacion de los pueblos, se adquiere el convencimiento de una gran verdad, muy desconocida por cierto, á saber: que el estado natural del hombre, de ninguna manera es el estado salvaje, sino el de civilizacion. El hombre es un sér esencialmente sociable, y sus aspiraciones morales, lo mismo que sus necesidades físicas, le imponen la vida regular y reglamentada de los grandes centros de poblacion. El aislamiento le es un suplicio intolerable, y viene en mengua de su razon y de su salud. Las asociaciones por pequeñas villas, alejadas las unas de las otras, no satisfacen, sino de una manera muy in-

completa, la necesidad de vivir en sociedad. Necesítase para el completo desenvolvimiento de todas las fuerzas intelectuales y materiales de nuestro sér, como para la satisfaccion de todas nuestras necesidades, de las grandes asociaciones que forman las naciones civilizadas.

A ser de otro modo, seria menester para hallar el tipo de la perfeccion humana, ir á los bosques vírgenes del Brasil ó á las montañas Raquesas, cuando apénas se le encuentra mas que en Europa y en los mayores centros de la civilizacion.

Es, pues, verdad que el estado salvaje es para el hombre un estado anormal, y que el normal y adecuado á su naturaleza es el de civilizacion.

Observad si no con qué rapidez maravillosa se introduce la civilizacion en los pueblos privados de sus beneficios, y con qué significativo entusiasmo los hombres dispersos en hordas vagabundas, en guerra contínua los unos contra los otros, por la ambicion de sus gefes respectivos y la supersticion religiosa, se aproximan y se constituyen en nacion.

¿Qué ejemplo mas palpable de esta verdad pudiéramos dar que la rápida historia del reino hawayano?

Empecemos por el descubrimiento de este magnífico país.

Cook es el primer navegante que da relacion de un viaje á las Sandwich. Es verdad que cierta leyenda nos muestra á un español llamado Gaetano, abordando á estas islas hácia mediados del siglo XVI, diciéndonos que les habia dado el nombre pretensioso de: *Islas de los Reyes y de los Jardines.* Pero nada justifica la existencia de Gaetano ni su descubrimiento, y toda prueba, al contrario, que esta es una fábula inventada á capricho, quizás con ánimo de disminuir la gloria de Cook. Sea lo que quiera, la historia de las islas Sand-